

## SARMIENTO Y EL ORDEN POLÍTICO: LIBERTAD, PODER Y VIRTUD

Por el Académico DR. NATALIO R. BOTANA

Nuestra Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, bien ha dicho nuestro Presidente, rinde hoy homenaje a Domingo Faustino Sarmiento. Muchos años después de publicado *Facundo*, Sarmiento se lamentaba porque "fue como su autor, querido y odiado, pero nunca examinado por la crítica literaria". Yo creo, señoras y señores, que el mejor homenaje que hoy podemos rendir a Sarmiento es saldar esa deuda y colocarse frente a este hombre que fue doblemente autor —por sus ideas y por sus actos— con la inteligencia que él, sin demasiadas ilusiones, demandaba a sus críticos. Quiero pues esta tarde dialogar con Don Domingo y pensar junto a él ciertos temas que han sido y son cruciales para el destino argentino: el orden político, la libertad, el poder y la virtud.

Será ésta la manera de expresarle mi agradecimiento, mi fervoroso agradecimiento. Y se me ocurre, quizá no esté en lo cierto, que esta actitud no le disgustaría del todo. Pensar a Sarmiento y enhebrar sin descanso el diálogo crítico que camina de generación en generación: me atrevería a decir que es lo que él más deseaba de parte de sus compatriotas para mantener viva su presencia. Mientras la república de las letras y de las ciencias, que él contribuyó como pocos a fundar, prosiga su tarea, no morirá su voz ni se ocultará su pensamiento.

## La cuestión del orden político

En *Recuerdos de provincia*, Sarmiento ubica el punto de partida de un largo peregrinaje. En un momento describe el desconcierto “al día siguiente de la revolución”: “...debíamos volver los ojos a todas partes —escribe— buscando con qué llenar el vacío...”; más adelante pregunta: “¿Cómo se forman las ideas? Yo creo que en el espíritu de los que estudian —responde— sucede como en las inundaciones de los ríos, que las aguas al pasar depositan poco a poco las partículas sólidas que traen en disolución y fertilizan el terreno...”<sup>1</sup>.

Las imágenes del vacío y del torrente. Sin los padecimientos provocados por nuestras guerras civiles, en cuyo escenario un hombre interrogó a ideas y proyectos lejanos para consumirlos con voracidad y convertirlos prontamente en letra escrita y en acción de gobernante, no se entiende el destino de Sarmiento ni lo que para él significó el orden político.

Representación intelectual de una civilización posible y, más tarde, eficaz instrumento de quien asume la tarea de legislar y mandar, el orden político que impulsó Sarmiento resultó de una batalla interior entre el bien de la ciudad soñado por los filósofos y la realidad del poder. Rara vez ocurre que un diálogo semejante entre dos genios instalados en una misma conciencia produzca, al cabo, resultados efectivos. Jefferson y Mitre lo acompañaron en esa carrera; atrás quedaron los pensadores políticos que, en aquella época, no supieron lidiar con el poder: Alberdi y quizá también Tocqueville.

De este choque entre teoría y práctica nació una concepción sarmientina de la república en la cual conviven tres vertientes: la tradición liberal que llegó hasta él rebotante de porvenir; el hecho inevitable para Sarmiento de una república fuerte, constructora del monopolio de la fuerza en el Estado Nacional, que combate a los restos aún vivientes de aquellos personajes retratados en *Facundo*; y, por fin, impregnando todo, la tradición más lejana, que la idea moderna de libertad criticaba acerbamente, de una república inspirada en la virtud cívica del ciudadano consagrado a la cosa pública.

<sup>1</sup> SARMIENTO, *Recuerdos de provincia*, OC, Buenos Aires, 1948-1956, tomo III, págs. 117 y 172.

## *La república liberal*

Sarmiento empezó su combate luchando contra la dictadura en nombre de una libertad que tenía muchos rostros. En primer lugar, las libertades no venían desde afuera, como vulgarmente se afirma, sino que nacían de las “convulsiones que desgarran las entrañas de un noble pueblo”. Son las libertades del programa con que concluye *Facundo*, libertades de la seguridad civil y del progreso, que llegarán como consecuencia no querida de la tiranía rosista.

*Facundo* es la primera representación intelectual de Sarmiento acerca del orden político. Según él mismo confiesa este “ensayo y revelación” de sus propias ideas es sin duda un admirable cuadro de costumbres; pero sobre todo es un intento asombroso, si se tiene en cuenta la circunstancia cultural de aquella época en nuestro cono sur, para abarcar la realidad histórica con teorías políticas de diversa orientación. Hay en *Facundo* una teoría de la guerra civil; una teoría de la *polis* clásica, donde resuena el eco de la ilustración, de Montesquieu a Rousseau; una teoría del republicanismo moderno inspirada en Tocqueville; y, como gigantesco telón de fondo, una teoría de la otra sociedad, de esa tierra ignorada por la sociedad colonial, que bullía fuera de los cuadros formales, y que las guerras de la independencia habían puesto en movimiento.

Sarmiento tomó en sus manos de escritor a *la barbarie*, ese mito romántico que llegó hasta él al paso de Gibbon y de Michelet, de Guizot y de Agustín Thierry, y lo convirtió en hilo conductor de su argumento. En una página escrita en la vejez, Sarmiento describió cómo ese mundo ignoto sacude la sensibilidad de un muchacho de quince años, ciudadano en una aldea que aún no había perdido el sello de aquella larga existencia colonial:

“Era yo comerciante en 1826 en que vine a Chile por la primera vez, y estaba parado a la puerta de mi tienda frente a frente de lo que hoy como providencialmente es la Escuela Sarmiento en San Juan (antes San Clemente) viendo llegar al vecino cuartel seiscientos... con el alarde triunfal que da el polvo y la embriaguez. ¡Qué espectáculo! Habían monta-

do en briosos corceles, tomados de los prados artificiales; y entonces usaban, para guarecerse en los llanos de los montes de garabato, enormes guardamontes, que son dos recios parapetos de cuero crudo, a fin de salvar sus piernas y aun la cabeza del contacto de sus espinas de dos cabezas, como dardo de flecha. El ruido de estos aparatos es imponente, y el encuentro y choque de muchos como el de escudos y de armas en el combate. Los caballos briosos, y acaso más domesticados que sus caballeros, se espantaban de aquellos ruidos y encuentros extraños, y en calles sin empedrar, veíamos los espectadores avanzar una nube de denso polvo, preñada de rumores, de gritos, de blasfemias y carcajadas, apareciendo de vez en cuando caras más empolvadas aun, entre greñas y harapos, y casi sin cuerpo, pues que los guardamontes les servían de ancha base, como si hubiera también querubines de demonios medio centauros. He aquí mi versión del camino de Damasco, de la libertad y de la civilización. Todo el mal de mi país se reveló de improviso entonces: ¡la Barbarie!...”<sup>2</sup>.

He aquí presentes los protagonistas del drama: una ciudad sitiada y los hombres de afuera que la conquistan.

A diferencia de aquella realidad desnuda de ricos y pobres, de ilustrados y de montoneros que, por caso, había observado José María Paz en sus *Memorias*, Sarmiento subsumió en *Facundo* a esos actores en dos entidades en lucha —la ciudad y la campaña— que laten, sienten, sufren las convulsiones y cambian al influjo de algunos arquetipos humanos que emergen como su expresión y conciencia: Rivadavia y Del Carril, Facundo y Rosas. Cada uno de esos personajes, en medio de aquel conflicto, hace sentir su fuerza o deja vagar su utopía en escenarios específicos, los cuales en conjunto, sobre el argumento de civilización y barbarie, configuran una turbulenta sucesión de ciudades: la ciudad aristocrática del tiempo colonial; la ciudad de la independencia que se prolonga en la ciudad unitaria; la ciudad de Rosas, sede de la tiranía urbana; y, en el horizonte, la ciudad posible de la repú-

<sup>2</sup> SARMIENTO, “En los Andes (Chile)”, discurso del 8/4/1884, OC, tomo XXII, pág. 238.

blica consolidada que nacerá de los escombros del despotismo.

Esta secuencia feroz, animada por la *otra sociedad*, habrá de socavar con inusitada rapidez y violencia a la legitimidad primigenia que impulsaron los ilustrados en las ciudades de la independencia y en las ciudades unitarias. El cambio revolucionario, que había ocurrido sin mayores traumas y sin afectar la distribución del poder urbano, se convierte en guerra social. A la postre, la barbarie acampa en aquellas ciudades de utopía y luego engendra, mediante la tiranía urbana, un sistema social que por vez primera incorpora al mundo rural.

Curiosamente, la tiranía urbana completa el ciclo y abre el cerrojo de la nueva civilización. Es la astucia de la razón en territorio criollo:

“Pero no se vaya a creer que Rosas —escribe Sarmiento— no ha conseguido hacer progresar la República que despedaza, no: es un grande y poderoso instrumento de la Providencia, que realiza todo lo que al porvenir de la patria interesa. Ved cómo. Existía antes de él y de Quiroga el espíritu federal en las provincias, en las ciudades, en los federales y en los unitarios mismos; él los extingue, y organiza en provecho suyo el sistema unitario que Rivadavía quería en provecho de todos. Hoy todos esos caudillejos del interior, degradados, envilecidos, tiemblan de desagrado, y no respiran sin su consentimiento. La idea de los unitarios está realizada, sólo está demás el tirano; el día que un buen gobierno se establezca, hallará las resistencias locales vencidas, y todo dispuesto para la UNIÓN”<sup>3</sup>.

Esta conversión de un orden primitivo en un régimen político capaz de perfeccionar la dignidad humana sigue un camino análogo del que habían recorrido Madison y la tradición liberal: para limitar el poder es necesario, valga la redundancia, que el poder exista. Tal el trecho que separa a Thomas Hobbes de John Locke y tal la distancia, habrá de reflexionar Sarmiento, entre las uto-

<sup>3</sup> SARMIENTO, *Facundo*... (edición crítica y documentada. Prólogo de A. Palcos), La Plata, 1938, pág. 292.

pías fundadoras de Rivadavia y el proyecto mucho más realista que él y los hombres del 37 sugieren.

En un caso, el racionalismo del legislador porteño ignoraba a esa sociedad secreta (tierra incógnita de caudillos y montoneras) que avasalló a las viejas ciudades coloniales cuyo patriciado había forjado la independencia; en el otro, este nuevo ensamble entre ciudad y campaña, que la nueva generación reconoce positivo, es condición necesaria para levantar una constitución nacional: el poder, en efecto, ya se ha revelado por entero.

Hasta aquí había llegado el viajero imaginario de *Facundo*. Fue necesario un viaje real a los Estados Unidos para que aquella concepción de la libertad despertara en Sarmiento fervor y entusiasmo. En los *Viajes*... confesó su desilusión con Europa y confirmó su fe indeclinable en un principio republicano y federal —por ende descentralizado— y en una sociedad abierta adonde fluyen inmigrantes y capitales y las garantías civiles abren curso cotidiano al progreso. Hacia el fin del año 1845, Sarmiento olvidó por un instante la sombra de Quiroga y el poder que había edificado Rosas y se embarcó “con el objeto de ver por mis ojos, y de palpar, por decirlo así, el estado de la enseñanza primaria en las naciones que han hecho de ella un ramo de la administración pública”<sup>4</sup>.

Hay un secreto parentesco entre este viaje de Sarmiento y el que quince años antes emprendió Tocqueville hacia los Estados Unidos. Ambos partieron para satisfacer encargos burocráticos de los gobiernos francés y chileno (Tocqueville debía estudiar en Estados Unidos el sistema penitenciario). Ambos cumplieron su cometido y dejaron junto a estos informes de ocasión dos obras perdurables. Si *La Democracia en América* ha vencido al tiempo, alcanzando la dignidad de una obra clásica, los *Viajes* de Sarmiento, sin pretender tanto, comparten con quien fue maestro indiscutido de aquella generación la misma exigencia. Para entender el presente, Sarmiento y Tocqueville no interrogaron en aquella ocasión a la historia sino al porvenir. Su horizonte no fue la introspección del *Facundo*, ni la que Tocqueville ensayará hacia el fin de sus días en *El antiguo régimen y la revolución*, sino

<sup>4</sup> SARMIENTO, *Viajes por Europa, África y América. 1845-1847*, OC, tomo V, pág. X.

la promesa que ofrece la libertad humana cuando se topa con el hecho nuevo de la democracia.

La democracia que descubrió Sarmiento en los Estados Unidos provino de una decepción. Antes de llegar al país de Horace Mann, Sarmiento recorrió Europa y percibió, en aquel "terreno minado hondamente por los elementos de una de las más terribles convulsiones que han agitado la mente de los pueblos"<sup>5</sup>, una sociedad condenada a oscilar entre la revolución y la reacción.

La maltrecha legitimidad de esos gobiernos, que no soportaban el conflicto abierto en 1789, se combinaba con un estado social heterogéneo y escindido. Desde el momento en que toca tierra y se encuentra rodeado por indigentes y mendigos, Europa será para Sarmiento un escenario de fuertes contrastes: una cultura por muchos motivos ejemplar que la desigualdad interpela con violencia. "¡Eh, la Europa —escribió entonces— triste mezcla de grandeza y de abyección, de saber y de embrutecimiento a la vez, sublime y sucio receptáculo de todo lo que al hombre eleva o lo tiene degradado, reyes y lacayos, monumentos y lazaretos, opulencia y vida salvaje!"<sup>6</sup>

Su desdén hacia esa libertad aristocrática que se había vaciado en la Europa de la restauración y de la monarquía de julio en el molde de un régimen mixto, era tan rotundo como la instintiva desconfianza de Sarmiento hacia los extremos revolucionarios y reaccionarios. La lectura de Michelet, Blanc y Lamartine inspiró en el viajero modelos, palabras y metáforas para representar el mundo histórico; nunca, sin embargo, esos autores arrebataron su pasión literaria hasta el punto de imaginar el período jacobino como el momento donde, purificada por el terror, la igualdad se consuma.

En alguna estación del viaje atrajo a Sarmiento el socialismo humanitario de Fourier, pero lo que dejó escrito de esa utopía encajaba mucho más con la idea de Tocqueville acerca de la inevitabilidad democrática que con aquella austera distribución de la propiedad en un falansterio. Y en el lado opuesto del universo revolucionario Chateaubriand le abrió a Sarmiento, como Walter Scott, el camino de la comprensión romántica del pasado, sin dejar en él ningún residuo legitimista.

<sup>5</sup> SARMIENTO, *Viajes...*, pág. XI.

<sup>6</sup> SARMIENTO, *Viajes...*, pág. 92.

Sarmiento estaba en cierto modo solo porque no encontraba en Europa una realidad que calmara esa ansiedad tan suya por encontrar una respuesta política eficaz. España era para él una maldición; las ciudades italianas un mosaico donde el tiempo parecía haberse detenido; Prusia nada más que una oportuna lección acerca de cómo debe administrarse la enseñanza pública; y Suiza una república desfigurada tras el particularismo y las tradiciones feudales.

Quedaba Francia y París, adonde Sarmiento había llegado en busca de fama literaria. El artículo que presentaba el *Facundo* al juicio de los *hommes de lettres* no tardó en llegar, pese a las angustias del joven autor. En cambio, la política francesa, dominada por el partido doctrinario fue mucho más esquiva. Guizot controlaba entonces el gabinete frente a la oposición de Thiers. Ninguno satisfizo a Sarmiento, aunque, como no podía ser de otra manera, la cordial acogida que le dispensó Thiers morigeró su mal humor. En todo caso, la solución centrista que el liberalismo doctrinario había impulsado desde la revolución de 1830 era, para Sarmiento, una pendiente que conducía al fracaso.

El eclecticismo en que se fundaba esta construcción del ingenio humano proponía un pacto histórico entre los principios opuestos de la revolución y de la reacción. El programa, sugestivo desde el punto de vista teórico, terminó recortando en la práctica la legitimidad tradicional de la monarquía y la autoridad derivada de la soberanía del pueblo.

Un monarca débil con un cuerpo electoral desfigurado por el sufragio "censitario": el híbrido le sonaba escandaloso a Sarmiento. Para colmo, luego de una desgraciada entrevista en el Ministerio de Relaciones Exteriores, Sarmiento llegó a la conclusión de que ser doctrinario en Europa era lo mismo que ser rosista en Buenos Aires. Hasta la retórica parlamentaria en aquella *Chambre* en semicírculo, "la mitad de un refidero de gallos de dimensiones colosales", le dejó un regusto amargo.

Salió de Europa desde una Inglaterra que prácticamente no pudo conocer y cruzó el atlántico norte en un barco en cuya cubierta asomaban, de tanto en tanto, los rostros famélicos de los inmigrantes irlandeses. El cuadro era un preámbulo indispensable. Europa arrojaba al nue-



vo mundo su propia ruina. La llegada a Estados Unidos fue pues el alborozado comienzo de un fiel compromiso con el republicanismo del porvenir.

Ocurrió con Sarmiento lo mismo que con Tocqueville. Antes de tocar tierra americana la república era para ellos una ficción situada en la prehistoria de la modernidad. Tucídides y Maquiavelo, en sus pequeñas ciudades antiguas, no tenían respuesta. La revolución republicana había sucumbido en Francia; en Buenos Aires, la república unitaria, con sus "cultivadores de tan mala mano", cayó presa "de sus desaciertos y sus ilusiones fantásticas"; y el Chile portaliano, mejorado con el ímpetu progresista de Montt, había dado a luz una república aristocrática, también pequeña, que se desperezaba en el valle central entre los Andes y el mar.

Los Estados Unidos eran otra cosa (por eso los calificó como un disparate) pues allí se conjugaban principios y realidades radicalmente incompatibles, de acuerdo con la teoría política que Sarmiento había conocido: espacio ilimitado, población numerosa, igualdad social y libertad económica, un mercado inmenso, infinidad de centros públicos de iniciativa y control y, coronando el edificio, la descentralización federal, la libertad política y la educación. Es verdad que allí persistía la lacra de la esclavitud, pero no era menos cierto que las "libertades americanas" regaban un árbol más frondoso que aquella "vegetación parásita".

La revelación de la nueva democracia le dio a Sarmiento un argumento indispensable para borrar el pasado de su proyecto político, ese pasado que todavía en *Facundo* se presentaba como prenda de un compromiso ecléctico. Pocos años más tarde, en la mira memorialista de *Recuerdos de provincia*, el pasado se convirtió en un objeto distante que habrá de inspirar aquella admirable reconstrucción de la vida colonial, paradójicamente tan cercana.

Después de los *Viajes*... llegó Caseros. Cuando Sarmiento inició su carrera de hombre público en el Estado de Buenos Aires, la utopía norteamericana se reflejará en el espejo de esos *Comentarios de la Constitución*... (pura inspiración de Story y del constitucionalismo de prosapia nacionalista en Estados Unidos), con los cuales el novel legislador pretendió responder a la propuesta ecléctica de

Alberdi contenida en las *Bases...* y en sus *Estudios sobre la Constitución Argentina...*

Los proyectos contenidos en *Argirópolis...* y en los *Comentarios de la Constitución...* resumen pues aquella esperanza: Constitución, autonomismo frente a las pretensiones centralizantes del texto de 1853, poder limitado, drástico cambio en la legislación que derribe las murallas proteccionistas del orden colonial. Es la primera hora liberal de Sarmiento en los debates constitucionales de 1860.

### *La república fuerte en la guerra civil*

Empero el momento liberal sonaba en la Argentina confundido con el grito de la guerra civil. Esta contradicción entre una teoría que concebía a los ciudadanos deliberando pacíficamente para instituir gobiernos locales, asociaciones, escuelas o empresas, y la realidad nuestra con sus combates incesantes, la fragmentación regional y las resistencias del caudillismo, no pudo ser superada enteramente en vida de Sarmiento.

¿Era posible, acaso, que el pacto republicano cambiase de sentido? Sarmiento intuyó que tras aquella admirable metáfora del contrato entre hombres, fundamento de la legitimidad que él deseaba, latía la necesidad de acumular poder en un gobierno. La autoridad, ya lo había escrito en *Facundo*, era asentimiento duradero; pero esa voluntaria aquiescencia tardaba en llegar.

No era fácil salir de la guerra civil y ninguna batalla rompía definitivamente ese círculo de discordias. De Caseros a la división belicosa entre Buenos Aires y Paraná; de las expediciones para sofocar las rebeliones en las provincias nortefías a la guerra del Paraguay; de las revoluciones en Entre Ríos a la federalización de Buenos Aires: poco sosiego hubo durante esta sucesión de conflictos.

Sarmiento no tuvo otra alternativa que representar su papel en ese escenario. Juzgó que era éste un factor constante en nuestra historia (las conclusiones pesimistas de *Conflictos y armonía...*, el libro inconcluso de la vejez, así lo atestiguan) y no dudó en extirparlo. Cuando fue necesario recurrió al estado de sitio y la intervención federal y dio base profesional a unas fuerzas armadas subordinadas a la Constitución y al Presidente que las co-

mandaba. Inevitablemente, al término de su presidencia en 1874, el Estado Nacional que le tocó formar y conducir, mucho más centralizado, se apartaba del modelo diseñado veinte años atrás con la ayuda de Tocqueville y Story. Por otra parte, nuevos ejemplos extranjeros le servían de apoyo: el gobierno federal de los Estados Unidos se imponía victorioso en la guerra de secesión y la Tercera República echaba cimientos en Francia sobre los escombros de la Comuna de 1870.

Sí, no cabe al respecto duda alguna, Sarmiento fue un hombre que hizo uso del poder. Pero esa acción tuvo límites. Es probable que la grandeza de las presidencias fundadoras, entre las cuales se inscribe la de Sarmiento, se condense en el hecho de afincar las libertades y la seguridad jurídica en el clima menos propicio de la violencia civil. No se formó el poder para salir a cualquier precio de la anarquía sino para garantizar la autonomía de la persona; y si la república se mostraba fuerte ante quienes desafiaban a las autoridades constituidas, otra coacción no menos imperiosa, dictada por la voz de la razón, restringía las pasiones de los gobernantes: la legitimidad del orden constitucional.

### *La república del humanismo cívico*

Tal parecía ser, en el Sarmiento que defendía las instituciones a rajatabla, el propósito de esa "transición lenta y penosa de un modo de ser a otro", como escribió en *Recuerdos de provincia*. República de las libertades y república del poder constitucional: no faltará quien con todo derecho inquiera si ambas perspectivas son suficientes para entender la política sarmientina. La respuesta, obviamente, es negativa porque aún no hemos dado entrada al último de los protagonistas. ¿Qué sujeto, qué argentino de carne y hueso avizoraba Sarmiento ocupando el centro de esa civilización naciente?

A partir del siglo XVIII, la discusión acerca del significado de la república dividió las aguas entre quienes valoraban la libertad individual, protegida por fuertes garantías, y los que aún creían en el ideal antiguo de una comunidad de ciudadanos fundada en la igualdad, el sacrificio por el bien de todos y la educación dirigida por la autoridad pública.

El debate mantiene en el campo de la historia de las ideas y de la teoría política una apasionante actualidad. Me basta con recordar aquí la controversia abierta en los Estados Unidos entre, por un lado, autores como Hartz y Diggins, que advierten en el origen de la república, hacia los años 1776 y 1787, la persistencia de un paradigma liberal inspirado en la tradición de Locke y del puritanismo; y, por otra parte, historiadores como Bailyn y Pocock, más inclinados a explorar en el discurso de la independencia y del momento constituyente un paradigma cívico cuyas raíces lejanas se encuentran en Maquiavelo y Aristóteles<sup>7</sup>. La pregunta resuena igual que hace dos siglos: ¿Cuál es la naturaleza del sujeto en una república: la libertad antigua del *zoon politikon*, a que se refirió Constant en su Conferencia de 1819, o, acaso, la libertad moderna que busca garantías jurídicas para que nada perturbe los derechos esenciales del habitante?

Sarmiento no se inclinó decididamente a ninguno de los dos extremos, pero siempre acarició, hasta el fin de sus días, el viejo sueño de una república de ciudadanos, más igualitaria, capaz de infundir en sus miembros un mínimo de virtud mediante la educación pública, el ejercicio de la libertad política y la distribución de la tierra en parcelas agrícolas.

Dos textos de los *Informes* que presentó Sarmiento en Chile, al Ministerio de Instrucción Pública y al Consejo Universitario, en 1848 y 1856 respectivamente, muestran la estrecha relación que para Sarmiento existe entre educación, ciudadanía y virtud. Dice en el primero:

“Y esta igualdad de derechos acordada a todos los hombres, aun en los países que se rigen por sistemas tutelares, es en las repúblicas un hecho que sirve de base a la organización social, cualesquiera que sean las modificaciones que sufra accidentalmente por los antecedentes nacionales u otras causas. De

<sup>7</sup> Véase, al respecto: BERNARD BAILYN, *The Ideological Origins of the American Revolution*, Cambridge, Belknap, 1967; J. G. A. POCOCK, *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton, Princeton University Press, 1975; LOUIS HARTZ, *The Liberal Tradition in America: An Interpretation of American Political Thought Since The Revolution*, New York, Harcourt, Brace, 1955; JOHN PATRICK DIGGINS, *The Lost soul of American Politics: Virtue, Self-Interest, and the Foundations of Liberalism*, New York, Basic Books, 1984.

este principio imprescriptible hoy nace la obligación de todo gobierno a proveer de educación a las generaciones venideras, ya que no puede compeler a todos los individuos de la presente a recibir la preparación intelectual que supone el ejercicio de los derechos que le están atribuidos. La condición social de los hombres depende muchas veces de circunstancias ajenas de la voluntad. Un padre pobre no puede ser responsable de la educación de sus hijos; pero la sociedad en masa tiene interés vital en asegurarse de que todos los individuos que han de venir con el tiempo a formar la nación, hayan por la educación recibida en su infancia, preparándose suficientemente para desempeñar las funciones sociales a que serán llamados”<sup>8</sup>.

En el segundo *Informe*, Sarmiento reprodujo este párrafo perteneciente al proyecto de educación común del Estado de Nueva York, en 1812:

“Pero un gobierno como en el nuestro, donde el pueblo es el poder soberano, donde la voluntad del pueblo es la ley de la tierra, cuya voluntad es abierta y directamente expresada, y donde cada acto de gobierno puede llamarse con propiedad un acto del pueblo, es esencial que el pueblo sea ilustrado. Debe poseer inteligencia y virtud; inteligencia para percibir lo que es justo; virtud para hacer lo que es justo. Nuestra República puede decirse, por tanto, que está fundada en la inteligencia y la virtud. Por esta razón dijo con mucha propiedad el ilustrado Montesquieu que en una República se requiere toda la fuerza de la educación”<sup>9</sup>.

Esta meditación acerca de la ciudadanía recorrió diversas etapas, desde que en su juventud Sarmiento adoptó como arquetipos a Franklin y a Paine, hasta llegar a las polémicas durante las presidencias de Roca y Juárez Celman cuando exigió que los inmigrantes se nacionalizaran y tomaran parte en la política del país. Sarmiento

<sup>8</sup> SARMIENTO, *Educación popular. Informe presentado al ministro de Instrucción Pública*, Santiago de Chile, 8/3/1848, OC, tomo XI, pág. 34.

<sup>9</sup> SARMIENTO, *Educación común. Memoria presentada al Consejo Universitario de Chile sobre estas cuestiones*, 1856, OC, tomo XII, pág. 272.

era hijo fiel de su siglo y en esta larga busca convivieron Horace Mann y Jules Ferry y los historiadores románticos junto a Darwin y a Spencer.

Pero esa larga averiguación sobre las condiciones del buen vivir en una república solía detenerse, con insistencia, en algunos temas: la organización escolar y el sentido igualitario de la escuela; el papel que desempeña la propiedad agrícola en tanto contorno favorable para desarrollar hábitos de autonomía y de asociación; la amenaza que pende sobre una nación de inmigrantes en la cual los recién llegados, ignorantes de los deberes que impone la ciudadanía, se incorporan exclusivamente a la vida civil; la historia vista como una épica del coraje donde sobresalen, en la guerra y en la paz, héroes de estirpe clásica. El argentino que Sarmiento pretendió formar, casi del mismo modo como el maestro suele moldear a su discípulo, era un ciudadano activo que podía discernir el bien público, que tomaba las armas cuando la patria lo exigía y que, con el tiempo, podría participar, deliberar y decidir en representación del pueblo.

Sarmiento abrió estos caminos y muchos más quizá porque quiso arrancar a los argentinos de una fatal soledad. Era la soledad del criollo que advierte con pena cómo se van rompiendo los vínculos que lo amparaban en la sociedad tradicional, la soledad del analfabeto que no puede leer aquello que les interesa a todos, y la soledad de un inmigrante sin hogar político ni ejemplaridad cívica.

Intentó Sarmiento saldar esta deuda con la historia y con el porvenir omitiendo interrogantes críticos, abrazando con euforia los últimos hallazgos en materia educativa (lo cual explica el carácter de la segunda hora liberal de Sarmiento, inspirada en el centralismo francés de la década del ochenta) y volcando al espacio público una desbordante vitalidad. Creyó, como pariente lejano del humanismo renacentista, que la virtud cívica redime y purifica. ¿No fue esa, acaso, la secreta relación que su admirable prosa entabló con la política? Esa urgencia por salir de la existencia privada, para él intrascendente y opaca, e interpelar diariamente, en artículos innumerables, a las cosas que nos conciernen a todos. Escribir y leer, fundar la civilización de la palabra escrita: la república del humanismo cívico es el debate interminable de Sar-

miento para convertir a la sociedad civil en una comunidad política.

### *La libertad, el poder y la virtud*

Sarmiento se despidió invocando esta promesa: "...educación para todos. Esta es la libertad, la República, la Democracia", dijo en Asunción hace un siglo, en su último discurso<sup>10</sup>. ¿La libertad, el poder y la virtud unidos en ese adiós? Es posible. Al fin de cuentas el anciano quizá rememoraba que con su acción había intentado grabar un tríptico donde debían figurar el acto creador de un individuo, la fortaleza de una forma de gobierno y el oficio del ciudadano.

Fallará entonces quien se empeñe en mutilar esta concepción del orden político, proyectando la crítica sobre un solo aspecto. Por este atajo se ha dividido a Sarmiento en personajes fragmentarios hechos a medida de quienes rinden al pasado un culto faccioso. Parecen ignorar estos jueces que Sarmiento no sólo es causa de esa ambición tenaz, gracias a la cual los argentinos participaron en la aventura de la modernidad, sino también espejo contemporáneo de nuestros interrogantes políticos. Al negar a Sarmiento se están negando a sí mismos.

No es fácil conciliar los términos con que Sarmiento representó a la república democrática. El equilibrio entre la libertad y el poder es frágil, la virtud corruptible. Pero esa fue la marca que él dejó en nuestra tradición. Abrió el porvenir con una utopía hecha a la medida humana para que todos —como escribió en un breve texto autobiográfico— "participen del festín de la vida del que yo gocé sólo a hurtadillas"<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> SARMIENTO, *El último discurso. En una manifestación de las escuelas en la Asunción*, 30/6/1887, OC, tomo XXII, pág. 355.

<sup>11</sup> Este texto figura en A. BELÍN SARMIENTO, *Sarmiento anecdótico*, Saint Cloud, 1929, pág. 350.